

Presentación

Manuel Ortiz Heras

UCLM-SEFT

Fecha de aceptación definitiva: 21 de diciembre de 2012

Hace ya algún tiempo que junto al relato que apuesta únicamente por la modernización social y económica, bajo el liderazgo de las élites procedentes del franquismo, para explicar la Transición se incorporó una segunda opción que destaca la acción consciente de individuos, colectivos políticos o grupos sociales¹. Desde esta perspectiva, además, al crecimiento en términos contables de la conflictividad social en las postrimerías de la dictadura, se sumó un importante cambio cualitativo en la naturaleza de la misma protesta, que se traduciría en una emergente cultura política prodemocrática. A partir de la primavera de 1976 –sobre todo en torno a lo que se denominó como *movimiento ciudadano*– esta pasó de ser un proactivo instrumento de ataque contra las estructuras autoritarias a convertirse en una herramienta de presión para que el proceso de cambio en marcha no quedase estancado en una mera reforma cosmética del régimen anterior. Es precisamente en esta dimensión dialéctica del cambio político en la que se inscribe este dossier, pues consideramos que la ciudadanía democrática no es solo el resultado de la consagración jurídica de los derechos civiles y políticos. Evidentemente, tampoco de los cambios económicos y sociales anteriores.

No fue necesario que pasara tampoco mucho tiempo para que algunos avezados observadores denunciaran la proscripción de un verdadero modelo de democracia ciudadana en la Transición española frente a una triunfante democracia de control, es decir, el debate de la reforma/autorreforma frente a la ruptura. Así es, en España, igual que poco antes en Grecia o Portugal, se había tenido ocasión de construir con una sociedad movilizadada una democracia ciudadana. Sin embargo, la creación de la Plataforma de Convergencia habría supuesto el fin de la ruptura porque “de la ruptura, simple y clara, de las juntas se pasó a la ruptura pactada de Carrillo, de ésta a la reforma pactada de Felipe González y finalmente a la autorreforma de Adolfo Suárez. Los democristianos y el PSOE exigieron, y el PCE aceptó, que para cualquier movilización popular hiciera falta la unanimidad de todos los componentes de la Platajunta”. El resultado de esta patrimonialización

¹ Para una mayor atención sobre el tema véase nuestro anterior trabajo ORTIZ HERAS, M. (coord.): *Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la Transición: Castilla-La Mancha, 1969-1979*, Ciudad Real, Almud, 2008. *Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la Transición: Castilla-La Mancha, 1969-1979*, Ciudad Real, Almud, 2008.

del Estado por parte de los partidos políticos hegemónicos fue que “se dejó así la calle en manos del Gobierno, lo que equivalía a dejar inermes a las fuerzas democráticas al despojarlas de toda capacidad negociadora. Por eso, los herederos del franquismo pudieron imponer su negociación y la Transición se pactó en sus propios términos y desde su propio campo. Quienes pedían la ruptura acabaron cumpliendo la función de testigos legitimadores de la autotransformación del sistema franquista”².

En todo caso, el proceso transicional tampoco fue solamente el producto mecánico de la Constitución de 1978 que sancionó los derechos y libertades básicos que disfrutamos todos los españoles. La ciudadanía democrática, entendida no como *estatus* o condición inalterable sino como activo proceso histórico, parece ser más una conquista, la consecución final en una conflictiva construcción de la relación entre los ciudadanos y el Estado, que tuvo sus raíces en la década de los sesenta y que se extendió hasta principios de los ochenta. Podemos sugerir entonces que, más que un otorgamiento desde arriba, la democracia y las demás conquistas políticas y sociales se construyeron a través de un proceso histórico de aprendizaje democrático sustentado sobre la reclamación cotidiana de mayores derechos sociales y políticos, y el acceso igualitario a bienes y servicios públicos tras cuarenta años de privación o exclusión en el uso de los mismos.

Las repercusiones políticas de las múltiples y heterogéneas acciones conflictuales fueron más importantes que su propio número, teniendo en cuenta que hablamos de una dictadura cuya legitimación residía en el mantenimiento del orden y la paz social. Pero, frente a la errónea visión de la sociedad pasiva de los años sesenta y setenta, también llamamos la atención sobre el efecto de la protesta y su represión en las conciencias de aquellos que no salieron a la calle. La identificación con posturas democráticas de la inmensa mayoría en los momentos plenos de la Transición solo puede adquirir una mínima lógica a partir de su inextricable imbricación. Todas aquellas movilizaciones fueron capaces de crear una intensa cultura política preñada de valores democráticos.

Por lo demás, no hay que olvidar que, si bien crecieron y se intensificaron en la emergente etapa democrática, dichos procesos tuvieron su origen en los años finales de la dictadura franquista. Tímidamente comenzaron a anidar en los pequeños espacios autónomos de la injerencia estatal, en los intersticios donde se fraguaron y desarrollaron las redes personales que, en torno a problemas comunes, posibilitaron el contacto, la discusión, el reconocimiento de la situación

² Estas sugerentes reflexiones corresponden a VIDAL BENEYTO, J.: “Volver a empezar o la ruptura ciudadana”, *El País*, 8-IV-1995. No obstante, desde comienzos de los noventa se pueden rastrear en la prensa comentarios de este tipo donde se trata de poner en valor el descontento social de muy diferentes grupos ideológicos por lo que se entendía como una marginalización del papel de la sociedad civil en la toma de decisiones políticas.

vivida, la creación de una identidad colectiva, etcétera. Desde finales de los sesenta se puso en marcha el sigiloso y cotidiano proceso de experimentación, aprendizaje y legitimación de las ideas y valores democráticos que tuvo lugar en el día a día de centros parroquiales, clubes juveniles, asociaciones culturales, teleclubs, librerías, etcétera. En el cúmulo de actividades anidadas en la cotidianeidad de la sociedad civil se fue creando una base potencial para el cambio político, que fue mucho mayor de lo que el descontento políticamente articulado sugiere. Solo sobre dicha base fue posible la extensión de posturas reivindicativas en el tracto final del franquismo y la posterior explosión asociativa y política durante los años de la Transición no solo en los grandes e industrializados núcleos de población sino también en el medio rural y todavía básicamente agropecuario, como cada vez más se defiende empíricamente con estudios de caso³. Asimismo, no se trata solo de poner en valor la visibilidad del papel jugado por los hombres de distintas generaciones sino de poner el foco también en las mujeres que todavía siguen siendo minusvaloradas en estos procesos. Como se pone de manifiesto en estas páginas, la democracia no desterró el “reinado doméstico” de las mujeres.

En definitiva, el presente proyecto pretende desarrollarse en la intersección entre la historia política, social y cultural que profundice en la verdadera fábrica social sobre la que se sustentó la democracia. Su argumento fundamental es que esta no es una concesión graciosa desde arriba, sino una serie de derechos sociales y libertades políticas que, más allá de su plasmación en un determinado texto jurídico, primero se conquistan y luego se construyen y consolidan a través de la movilización social y de la actividad política reivindicativa, aunque esta tenga diferentes ritmos y se canalice, con el paso del tiempo, hacia formatos más institucionalizados que amordacen o domestiquen la participación ciudadana más espontánea, porque haya prevalecido una visión centralista de arriba abajo de la democratización. Para ello, trabajamos partiendo de una propuesta teórica novedosa sobre los movimientos de género, los movimientos sociales en el medio rural, así como los cambios políticos que fraguaron una hegemónica cultura política moderada a partir del éxito de una organización que ha sido estudiada desde sus cúpulas dirigentes y apenas desde las bases⁴. Un modelo de democracia que ha pasado de colmar de elogios aquel tiempo de cambio a cuestionar las principales reformas emprendidas por haber dado lugar a un tipo de ciudadanía pasiva que se equipara con una democracia de baja calidad. Para esto, también ha servido la ac-

³ Aunque la lista de investigaciones sería ya muy extensa, nos limitamos a citar solo una de las últimas en aparecer publicada, LANERO, D. (ed.): *Por surcos y calles. Movilización social e identidades en Galicia y País Vasco (1968-1980)*, Madrid, La Catarata, 2013.

⁴ MCADAM, D., TARROW, S. y TILLY, CH.: *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2005.

tual crisis, para cuestionar un modelo que viene arrastrando desde prácticamente sus orígenes diferentes grados de desencanto o desafección.

Hablamos de cultura política entendida como los clásicos Almond y Verba la definieron hace ya varias décadas: la naturaleza de las creencias, sentimientos, actitudes, símbolos y valores de la sociedad civil con respecto a su sistema político y también al papel que todos estos factores jugaron en la creación de las condiciones iniciales que hicieron posible la transformación del modelo y la construcción de nuevo de la democracia⁵. Se pretende hacer hincapié en el papel de la cultura en la constitución de las sociedades democráticas y en la determinación de la acción social para conseguirlas, muy lejos, por tanto, de los clásicos enfoques funcionalistas que lo fían todo al impacto de la modernización.

Por los teóricos de la identidad podemos definir estos marcos de referencia como resultantes de tradiciones, ideas políticas, actitudes mentales simbólicas, mitos, ritos y lenguajes capaces de formar un conglomerado cuya naturaleza, normalmente contradictoria, se vea condicionada por los problemas planteados y las estrategias diseñadas para alcanzar sus objetivos⁶. Seguimos empeñados en visibilizar para comprender el recorrido de las actividades cotidianas de grupos cristianos, sobre todo alrededor de clubs parroquiales y juveniles, de cooperativas, de centros de estudios –institutos de enseñanza secundaria, básicamente– así como de los barrios y puestos de trabajo de donde salió una tupida y densa red de sociabilidad que hará posible la conexión de experiencias entre vecinos, mujeres, jóvenes, trabajadores, campesinos y estudiantes⁷.

Los trabajos que aquí se dan cita parten de una primera aportación teórica que se ofrece también como balance de muchos otros trabajos que sobre la cuestión han ido apareciendo en los últimos años. Esa es la intención del artículo que firma Pamela Radcliff, *Sobre el ciclo de movilización ciudadana*. De unos pocos años para acá se ha producido en la historiografía sobre la Transición un importante esfuerzo para atraer toda la rica participación popular al primer plano enfrentándose a la estructura dominante de una transición democrática hecha principalmente a través del consenso desde “arriba”. Mientras algunos querían debatir la importancia de las negociaciones en la élite y de la construcción institucional en la formación del resultado de la Transición, análisis multifactoriales, en los cuales el empuje desde abajo fue una parte crucial de un modelo dinámico, son cada vez más comunes. Las razones para este cambio son complejas, pero al menos en parte tienen sus orígenes en un nuevo momento histórico en el que crece la desafección con la versión oficial de la “transición modélica”. Un elemento clave

⁵ ALMOND, G.A. y VERBA, S.: *La cultura cívica: estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Euramérica, 1970.

⁶ OFFE, C.: *Partidos políticos y Nuevos Movimientos Sociales*, Madrid, Sistema, 1992.

⁷ LARAÑA, E.: *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

de ese modelo fue la visión de consenso pacífico, tranquilo, negociado que sirvió como contrapunto a la ruidosa contestación de clases que terminó en guerra civil cuarenta años antes. P. Radcliff nos cuenta en su sugerente artículo que después del cambio social a comienzos de los sesenta, en la década posterior se producirá una aceleración social con un nuevo ciclo de movilización que culminó, en la segunda mitad de los años setenta, en una serie de huelgas y manifestaciones de masas en las principales ciudades y en una plataforma más amplia que vinculaba cuestiones concretas a reivindicaciones generales de ciudadanía, democracia participativa y transformación urbana.

Después de su indudable éxito, no obstante, la fórmula política transicional conformó una cultura democrática peculiar que ha propiciado, a su vez, la consolidación de una población española pasiva y desenganchada y, por ende, una democracia de “baja intensidad” a su paso. La crisis económica ha mutado también en política y ha generado una inevitable reconsideración de la Transición y de su lugar en la historia de la democracia española que, entre otras cosas, permite constatar la falta de cauces legítimos de participación.

Por su parte, Manuel Ortiz propone un estudio del partido gubernamental de la primera y decisiva fase de la Transición. Trabajar sobre la UCD es muy sugerente porque se trató de un instrumento de defensa de la representación de una elite que intentó conseguir el cambio sin riesgos para esos sectores “*fiancheggiatori*”, “liberales” que desde luego nunca renegaron del franquismo, que controlaron el proceso político que permitió combinar la continuidad del personal del Movimiento con la incorporación de sectores que no militaban en la oposición democrática: eso, claro está, en lo que se refiere a quienes participaron muy activamente. Sin embargo, la capacidad de sostener una representación de sectores sociales menos implicados en la militancia mueve elementos de interés que, de forma desdichada, apenas se han explorado todavía⁸. Al estudiar la formación de una estructura política partidaria desde abajo pretendemos suministrar materiales con los que poder estudiar las diferentes estructuras de valores y normas que contribuyen a dar coherencia a su funcionamiento y organización que sostenía el mito del centro como equidistancia y solución a la necesaria reconciliación de la Transición. Pero, a pesar de todo y por sorprendente que parezca, las propias asociaciones políticas creadas durante el franquismo final cumplieron una función preformativa que, sin voluntad explícita ni vocación claramente democrática, nos permite definir dichas iniciativas como “escuelas de democracia”.

Desde una perspectiva constructivista tratamos de explicar los cambios en la cultura política de los españoles para romper con la clásica interpretación de mo-

⁸ GALLEGO, F.: *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2007.

vimientos caracterizados por una determinada ideología de clase. Porque para que aquellos múltiples movimientos tuvieran éxito y sirvieran como imprescindible elemento de presión favorecedor del cambio político se tiene que apelar, además de a las nuevas oportunidades políticas y a la existencia de determinadas infraestructuras organizativas, más o menos formales, a un elemento fundamental. Nos referimos, claro está, a la existencia de marcos de referencia donde se identifiquen o compartan identidad, es decir, significados y definiciones de la realidad, muchos individuos. Vamos, por tanto, a prestar más atención a los aspectos culturales, a la creación de un “imaginario social”, decisivo para permitir la configuración de las identidades colectivas democráticas. No obstante, no solo fueron los tradicionalmente conocidos como movimientos sociales –sindicatos, asociaciones culturales, vecinales, estudiantes, etcétera– los que construyeron identidades colectivas. Proponemos el análisis de un partido político, desde abajo, para encontrar también esa identidad definida como sistema de valores y componentes culturales prodemocráticos.

El texto de Teresa María Ortega López se centra en un sujeto histórico todavía poco explorado, las campesinas españolas, sus estrategias y movilizaciones en pos de la democracia. Al día de hoy las mujeres españolas del campo siguen siendo objeto de una casi total desatención en el ámbito histórico⁹. Desatención que sorprende más aún cuando comprobamos que, a lo largo de las últimas cuatro décadas, tanto el agro español y sus heterogéneos habitantes (campesinos, jornaleros, labradores, clase media rural, grandes propietarios), como la historia de las mujeres, lejos de mostrar el aspecto de un terreno baldío, han dado lugar a fértiles y fructíferos trabajos de investigación. Pocos son pues los trabajos que desde la historia han destacado el papel de la campesina, su trabajo y su contribución a la economía agraria. Es objetivo de este artículo llamar la atención sobre este incomprensible “descuido” en la historiografía española en general, y en la historia de las mujeres en particular.

Para expresar nuestro absoluto convencimiento de la importancia de las campesinas como sujetos políticos e históricos, y su aporte en los procesos organizativos y en las transformaciones sociales nos centraremos en un momento clave de nuestra historia más reciente. Destacaremos cómo este colectivo “triplemente invisibilizado” –por ser mujeres, por ser rurales y por ser trabajadoras–, jugó un papel clave en la implantación y desarrollo de la democracia en España. Para ello expondremos cómo las mujeres del campo fueron protagonistas de un doble “proceso de democratización”. De un lado, contribuyeron a la democratización del mundo rural tras casi cuarenta años de dictadura. Ellas, junto con el resto del campesinado, ayudaron al desmoronamiento y descomposición, al “descuaje”, de

⁹ MARTÍNEZ, C. (et al. eds.): *El movimiento feminista en los años 70*, Madrid, Cátedra, 2009.

las estructuras de poder franquista en el ámbito local y municipal. Y en segundo lugar, esas mismas mujeres contribuyeron a abrir un “proceso de democratización” y una “perspectiva de género” en un mundo y en una actividad sumamente masculinizados como era el agro y la agricultura. Como veremos, la legitimidad de sus reivindicaciones fue capaz de influir en la nueva cultura política democrática favoreciendo así la confección en nuestro país de una sociedad más igualitaria.

El marco teórico que se utiliza para dar cumplimiento a estos propósitos no es otro que aquel que, traído desde muy distintas tradiciones de pensamiento, destaca la importancia adquirida por las identidades colectivas, los marcos de referencia y las culturas políticas en los procesos de gestación e implantación de los movimientos sociales. Asimismo, hemos incorporado aquella propuesta teórica que concibe la existencia de “estrategias de género” capaces de modificar y construir, tras intensos procesos de negociación y conflicto, valores, normas, creencias y significados sociales en función de la capacidad de los sujetos.

Por su parte, Damián A. González Madrid aborda, desde una perspectiva regional, el análisis de la ciudadanía y democracia en el mundo rural manchego en los últimos años de la década de los setenta. Los actores sociales de provincias como las manchegas, habitualmente, también han quedado relegados a un papel secundario en los relatos sobre la consecución de las libertades democráticas en nuestro país. Esta postergación obedece a dos causas. Por una parte y como ya ha quedado subrayado en esta introducción, las teorías dominantes sobre la Transición conciben a la misma como una obra de ingeniería política. Por otra, la historiografía del tardofranquismo evidencia cierto desinterés por aquellos colectivos más rezagados en el cambio socioeconómico de los años sesenta. Tal desatención ha estado relacionada con la casi exclusiva identificación, por parte de la historia social del periodo, entre la acción colectiva y el conflicto industrial. La tendencia a contemplar a los actores colectivos de la parte final de franquismo como epifenómenos de la modernización ha llevado a la par cierta marginación historiográfica en el análisis de los grupos sociales anclados en aquellas zonas del país menos desarrolladas, atrasadas económicamente y predominantemente agrarias y rurales.

Para cuestionar los arquetipos que identifican sociedades como la manchega con la pasividad y la indiferencia política durante los años finales de la dictadura y los primeros de la Transición, este trabajo parte de la constatación en términos cuantitativos de un notable crecimiento de las manifestaciones de conflictividad social entre 1973-1979. Eso sí, no hay que olvidar que junto a este crecimiento en términos contables también se produjo un importante cambio cualitativo en la naturaleza de la misma protesta social. A partir de 1977 esta pasó de ser un proactivo instrumento de ataque contra las estructuras autoritarias a convertirse en una decisiva herramienta de presión.